

# Autores, agentes, editores y críticos

## Una mirada inversa a la narrativa española reciente

*Rafael M. Mérida Jiménez*

Quien firma estas páginas desearía, ante todo, pedir disculpas por su atrevimiento, pues está casi convencido de que los comentarios que va a pergeñar resultarán sobradamente conocidos para algunos de quienes ahora inician su lectura —con seguridad para aquellas personas a las que se alude en el título—. Como resulta obvio, estas páginas no les están dirigidas y, ciertamente, serían quienes mejor podrían matizar y ampliar muchas de mis reflexiones. Quien firma estas páginas quisiera también, y no en menor medida, descubrir sus cartas desde un primer momento y manifestar que su interpretación se gesta en una órbita que concilia su experiencia como degustador de la novela española reciente con su paso como editor de ficción de *Círculo de Lectores* durante los años 1991 a 1996. Igualmente, quien firma estas páginas debe confesar que sus intereses académicos le han orientado hacia la investigación de las letras hispánicas medievales, de manera que sus apreciaciones han sufrido un proceso que aúna el inevitable distanciamiento y una confusión desairada. A quien firma estas páginas, en definitiva, le empuja el placer de trazar el boceto de una panorámica que no siempre descifran sus protagonistas.

Los factores que se conjugan para comprender y valorar la narrativa española de los últimos veinticinco años parecen en extremo variopintos. Mi modesto objetivo en esta vasta empresa sería apuntar una serie de elementos ¿extraliterarios? que ayuden a percibir el significado de ciertos ecos o resonancias, que complementen una visión más nítida de lo que representan los entornos de aquella literatura que disfrutamos no sólo porque se escribe sino, además, porque se publica. La perogrullada deja de serlo si echamos la vista atrás y recordamos los inéditos, manuscritos e impresos, que se han ido descubriendo a lo largo del presente siglo, tanto de autores centenarios como de creadores de ayer mismo. Nuestro juicio está cortado por el patrón de lo que conocemos, de lo que ha ido viendo la luz: ¿qué obra maestra pública cederá su rango a otra obra maestra oculta? ¿qué autores venerados hoy por sus acólitos pasarán a mejor vida mañana? Este ejercicio de relativización, natural entre muchos especialistas de otras épocas,

creo que sería en extremo beneficioso para los pontífices de medio pelo que se muestran orgullosos de su imposible omnisciencia.

Empezando por el final, afirmarí­a que el nivel art­ístico logrado por la narrativa espa­nola de los ­ltimos veinticinco a­os no resulta equiparable con las cotas alcanzadas por la inmensa mayor­a de los cr­iticos literarios de los medios masivos de comunicaci3n (prensa general, radio y televisi3n). Resulta bochornoso que se ceda una palestra a personajes que, con mejor o peor tono seg­n las circunstancias, creen poseer un s3lido criterio cuando en realidad necesitar­an miles de horas de vuelo para alardear, con suerte, de un equipaje similar al de muchos autores a los que perdonan la vida en unas l­neas. Lo peor es que, lamentablemente, aparecen como autoridades al ser aupados por el prestigio y el trabajo ajeno: su misi3n se me antoja muy cercana a la de las sanguijuelas, y su papel como salvaguardas de la ortodoxia est­tica, muy pr3ximo al de los inquisidores m3s ilustres del ­ltimo Medioevo. La cuesti3n se complica cuando advertimos los intereses creados –invisibles para muchos lectores– que conectan a estos cr­iticos con editoriales, instituciones o personas a los que idolatran, vapulean o ignoran (y no quiero ni pensar en los editores que ejercen a un tiempo de cr­iticos, pues los ha habido y hay...). La telara­a se teje de manera sutil o zafia, aunque casi siempre existe una venta m3s o menos indirecta, un favor a devolver, una conferencia a pronunciar, un libro a traducir, una novia o un novio a quien colocar para que no siga molestando: hoy por ti, ma­ana por m­. Debo reconocer, por otra parte, que comprendo las necesidades de quien desea vivir de su palmito, pues el ejercicio de la cr­itica, en sentido estricto, tampoco proporciona unas rentas extraordinarias. S3lo hace falta acudir al malvado escrutinio de V­ctor Moreno para confirmar estas impresiones<sup>1</sup>. A la pregunta ¿por qu3 raz3n alguien debe vivir de su infame tarea de creador de escarnios?, puede contest3rseme que por la misma raz3n que existieron bufones y juglares, respuesta que aceptar3 instant3neamente.

La cr­itica literaria desarrollada por algunos autores me parece de un nivel medio bastante superior, sin duda, aunque debo manifestar mis serias sospechas cuando un narrador comenta reiteradamente –incluso de forma negativa– novedades de su propia casa editorial: ante la vor3gine de libros en venta, a veces la mera rese­a de un Mengano concreto vale much­simo m3s que un similar espacio de publicidad. As­, algunas de estas piezas me recuerdan a ciertos versos de los trovadores provenzales o de los poetas compilados por Juan Alfonso de Baena en su *Cancionero*, cuya calidad literaria se resiente de las singulares circunstancias en que nacieron. Como

<sup>1</sup> De bruma y de veras. La cr­itica literaria en los peri3dicos, Pamplona, Pamiela, 1994.

medievalista, de más está añadir que, de entrada, prefiero trovadores a juglares, aunque también sigan naciendo trovadores espantosos y juglares excelentes. Supongo que desconfío de la obligación crítica de llenar un par de folios cada semana como imperativo contractual, aunque ese sea sólo mi problema. Recuerdo ahora aquella sentencia de Camilo José Cela a propósito de la crítica literaria, pues a pesar de que fuera publicada nada menos que en abril de 1944 resulta más que vigente: «La serenidad es, con la seriedad, lo primero que se pierde, aunque aquélla sea la última –a diferencia de ésta, que es lo primero– que se consigue. Sabemos de tan pocos críticos jóvenes serenos como críticos viejos serios»<sup>2</sup>.

Pero todo forma parte de ese entramado que es la industria cultural, un negocio con sus pérdidas y sus beneficios que suele revestirse de una aureola espiritual pero que, en realidad, debe obedecer a una dinámica empresarial. Y si no, que se lo digan a cuantos han debido vender entre lágrimas sus acciones: la feudalización del mundo editorial español ha constituido uno de los rasgos distintivos del mapa geoestratégico de los últimos dos decenios. Tanto si la compra, participación o liquidación ha sido orquestada desde un grupo patrio como desde un grupo foráneo, tanto si se proclaman la independencia e interés del vencido como si se alaba la justicia del caudillo victorioso, quisiera subrayar que la dinámica creada ha podido afectar directamente no sólo al conocimiento y el reconocimiento de muchos autores, sino, lo que parece más relevante, a su propia actividad creativa. Sería un despropósito por mi parte apuntar esta tendencia como una novedad reciente; no obstante, creo que la intensificación ha madurado durante la década de los noventa. Cuando un novelista de cierto relieve literario y/o mediático entra a formar parte de una determinada *escudería*, la decisión se ha visto influida por un ámbito de proyección exterior, que no se reduce a una puntual promoción, sino a un conjunto de actividades subsidiarias indirectas: colaboraciones periodísticas, tertulias radiofónicas, augurios de premios o contactos institucionales, que se suman a la ampliación de detalles en la contratación de los derechos tradicionales, mediante incrementos en los anticipos y porcentajes, la diversificación de la tipología de cesiones –además de la tradicional, la que puede derivarse de colecciones de bolsillo y de kiosko, por ejemplo–, una red eficiente de distribución en Latinoamérica o una solidez garantizada que pueda propiciar traducciones. Una editorial marca a sus autores con su prestigio (y viceversa) o con su dinero (la viceversa también debe advertirse pues, al fin

<sup>2</sup> «Las 'normas positivas' en el crítico», artículo incorporado en el volumen noveno de la Obra completa publicada en Barcelona, Destino, 1976, p. 426.

y al cabo, una novela se transforma en producto desde el momento que el creador la deposita en manos de un editor con el objetivo de que sea comercializado).

En fin, que afortunadamente el número de novelistas profesionales –o, si preferimos, de autores que se ganan la vida con la escritura– ha aumentado de forma notable: no conozco estadísticas sobre cuántos viven, cuántos sobreviven y cuántos malviven, pero conviene advertir que si están censados en la comunidad madrileña y no padecen de arrebatos misantrópicos disponen de una agenda de canapés que envidia el resto de capitales autonómicas. Bromas aparte, la proliferación de colecciones específicas que recogen los frutos de estas actividades, casi siempre menores desde una perspectiva literaria, confirma el nivel cuantitativo adquirido y la política alimenticia de algunos grupos editoriales a la que aludía: otra tarea, por supuesto, sería calibrar, individuo a individuo, los efectos de estos trabaj(ill)os en la obra mayor, si la hubiera. Pienso que empieza a invertirse una parte significativa de la reflexión de Juan Benet, cuando en 1972 se interrogaba sobre la «zozobra» de los hombres de letras en nuestro país: «Sólo quien ha de hacer uso de dos profesiones –la una aceptada por la necesidad y la otra mantenida por la vocación– puede saber hasta qué punto la desproporción entre los beneficios derivados de una y otra, delimita la dedicación y la imaginación aplicadas a una y a otra»<sup>3</sup>. Hoy por hoy, en todo caso, la seguridad del señor feudal suele aceptarse con la mayor de las alegrías entre el gremio.

Los creadores literarios se han convertido en figuras populares a los que los medios de comunicación piden opinión sobre cualquier asunto divino, humano, sólido, líquido o gaseoso. Lo más divertido es que muchos ceden a la tentadora oferta de erigirse en oráculos, con una mezcla de orgullo, vanidad y (auto)promoción que desvela, en no pocos casos, la debilidad de su pensamiento, ya que la ecuación según la cual todo novelista debe ser considerado un intelectual o un periodista se ha mostrado más que falaz, a pesar de que contemplemos tantos emisores y receptores que se la creen como apóstoles o como devotos. Esta situación obedece al cambio trascendental que ha sufrido nuestra literatura entre sus lectores naturales: los españoles compramos menos traducciones o, si preferimos, al igual que ha sucedido en el ámbito de la industria cinematográfica, mostramos menos reparos y más entusiasmo en gastar el sueldo en beneficio de nuestros compatriotas, factor que hasta cierto punto refleja un proceso de normalización

<sup>3</sup> «El escritor y la edición de libros», recogido en sus Artículos. Volumen I (1962-1977), Madrid, Libertarias, 1983, p. 103.

que responde al nuevo contexto sociohistórico y económico: la oferta también crece porque existe una demanda de consumo. Así se entendería que de la misma forma que el número de novedades se disparó en la optimista década de los ochenta, las vacas flacas de la siguiente hayan encogido los programas de la mayoría de editoriales literarias, de manera que autores que empezaron a publicar en la bonanza han contemplado cómo las diversas crisis (del mercado hispanoamericano, de los precios del papel, de las librerías, etc.) iban rechazando unos textos que pocos años atrás veían la luz con la mayor de las alegrías.

La industria literaria ha sufrido terribles sacudidas cuyas secuelas han afectado las carreras de muchos narradores: ¿cuántos novelistas que hayan iniciado su andadura en la democracia pueden decir sinceramente que no han padecido un rosario de sellos editoriales? ¿cuántos se han convertido en mercaderes y en moneda de cambio? Muchísimos, sin duda. Desde este enfoque cabe entender el protagonismo adquirido por las agencias literarias, insólito en otros países europeos, mediante un papel que rara vez trasciende pero que sin duda ha adquirido una incalculable relevancia en la dinámica entre autores y editores. Con todo mi respeto y admiración —los mismos sentimientos que profeso por Celestina—, les confieso que podemos sentirnos orgullosos de contar con un selecto grupo de alcahuetas excepcionales, capaces de vender un Nóbel con similar entusiasmo con el que rifan un aborto (y al revés). Las armas esgrimidas y la contundencia de las negociaciones podrían ser pintadas, en ocasiones, con [hipérbatos] épicos. Las agentes pueden ser maternales y protectoras con su camada, pueden sugerir, reconducir, desnortar la carrera de un autor; un editor rara vez pensará que no se enfrenta a un vampiro con faldas. Una agente debe gestionar con eficacia los derechos y la imagen de un autor, representarla, en definitiva—, aunque su desmedido afán pueda propiciar una saturación deplorable que anule la calidad y la entidad del objeto del deseo o la imposición de indeseables (o sea, te cedo a quien tú anhelas a condición de que también edites a un par de autorzuelos inaguantables).

La misión de las agentes no ha sido lírica sino pragmática, por más que puedan ejercer como musas, ya que adquieren significación y estatura en la medida en que responden a un equilibrio de poderes derivado de la competencia industrial. La sutil armonía entre cultura y negocio que encarnan sólo puede compararse a la de los editores, sobre quienes se vertirían menos diatribas innecesarias en este punto si se conocieran las maquinaciones de otros protagonistas del entramado. En cualquier caso, nadie es inocente dentro de la maraña y menos todavía un buen editor, quien debe mover sus piezas con la más elevada y la más vil de las intenciones. Sin